

Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio* (cfr. nn. 13 y 74). El capítulo finaliza con la referencia a algunos textos magisteriales –principalmente la Constitución *Dei Filius* del Conc. Vaticano I– que expresan la posición del magisterio sobre la apologética y su contribución al nacimiento del modelo neoescolástico.

El último capítulo («Modelos y propuestas de Teología Fundamental en el Siglo XX») es una reelaboración actualizada de un trabajo ya publicado por el autor en 2004. Sabetta examina los que, a su juicio, constituyen los modelos de Teología Fundamental más significativos, surgidos ante la constatación de las insuficiencias del modelo neoescolástico que llega hasta el tiempo del Vaticano II: el método de la inmanencia de Maurice Blondel, la perspectiva sintética de Pierre Rousselot, el modelo antropológico-trascendental de Karl Rahner y Juan Alfaro, el modelo «fundativo» de Hans Urs von Balthasar, el modelo fundativo-trascendental de H. Verweyen basado en el sentido y el modelo contextual de H. Waldenfels.

En el apartado final de este último capítulo, se alcanza lo enunciado en el título del libro: la propuesta de «una idea de Teología Fundamental». Según Sabetta se

trataría de una disciplina de tipo «fundativa-contextual», en referencia a los dos momentos unitarios y consiguientes que la caracterizan respectivamente: el *auditus fidei* y el *auditus temporis*. Su objeto sería ponerse a la escucha del propio tiempo para comunicar a los hombres por qué puede tener sentido creer hoy en los diversos contextos del tiempo presente. Se trata de un modelo formulado por Giuseppe Lorzio –Ordinario de Teología Fundamental en la Universidad Lateranense y maestro del autor–, que ha tomado forma en los cuatro volúmenes editados por él mismo en Città Nuova entre los años 2004 y 2005.

En definitiva, el volumen indaga el sentido de la Teología Fundamental a partir de sus desarrollos históricos y de sus intentos más recientes, para proponer un modelo de Teología Fundamental articulada en un momento fundativo y en otro contextual. La exposición es ordenada, clara, y rica en aparato crítico. El lector interesado en esta disciplina teológica encontrará de gran utilidad tanto el «Índice de nombres» como la «Bibliografía esencial» que se recogen al final del volumen.

Juan ALONSO

Mauro GAGLIARDI, *La Verità è sintetica. Teologia dogmatica cattolica*, Siena: Cantagalli, 944 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-68794583.

Nos encontramos ante una obra ambiciosa en su propósito e impresionante en su realización: casi mil páginas en las que el autor ofrece una dogmática completa que contiene las cuestiones fundamentales de la teología. Frente al principio «*aut ... aut*» de los protestantes y de otros, Gagliardi plantea su trabajo según el principio opuesto, «*et ... et*». No dialéctica, sino síntesis, inclusión de los opuestos que sólo lo son aparentemente.

Presentemos los temas que componen la obra. Son doce, y a todos ellos el autor

hace preceder el Credo Niceno-Constantinopolitano y el Credo del Pueblo de Dios, que Pablo VI proclamó al final del Año de la fe (1967). El capítulo primero es fundamentalmente metodológico, y en él presenta el principio sintético que preside toda la obra, contraponiéndolo a la «*sintesi mancata*» de los protestantes y los ortodoxos. A continuación –capítulo 2– presenta la revelación, la fe y la teología. «El Creador» es el título del tercer capítulo en el que aparecen las cuestiones habituales del tratado sobre la

creación: el acto creador, la providencia, el hombre, los ángeles, el pecado original. La cristología y la soteriología son el objeto del capítulo cuatro, y la pneumatología y la gracia, del quinto. Sigue la exposición de la Trinidad (6°); el séptimo está dedicado a la mariología, y el octavo a la Iglesia. Los sacramentos en general y la liturgia aparecen en el capítulo noveno, y en el décimo se estudia cada uno de los sacramentos, con excepción de la Eucaristía al que se dedica el undécimo. Las realidades últimas son estudiadas en el duodécimo y último capítulo.

Para redactar su obra, el autor ha tomado varias opciones, pero una sobre todo que es, sin duda, arriesgada: prescindir de los autores que hayan muerto después de 1810, con excepción de los Papas y de los santos. De este modo, el lector encuentra enseñanzas de los Romanos Pontífices hasta del papa Francisco, textos de santos y, por supuesto, del Vaticano I y del Vaticano II, pero de ninguna cita ni referencia a teólogos o autores posteriores a la fecha señalada, de hace dos siglos. Hay algunas excepciones (Balthasar, Bloy, R. Bultmann) pero, con excepción de Balthasar (p. 184), son referencias marginales.

¿Cuáles son las razones de una decisión tan radical? Gagliardi las explica en la p. 107: no quiere entrar directamente en las polémicas entre escuelas de pensamiento y autores, de las cuales muchas están todavía activas. El libro quiere tratar de la fe de siempre y no de uno u otro teólogo contemporáneo. Le interesan los Maestros acreditados, y para serlo se necesita tiempo para poder ser considerados como tales. Los doscientos años de distancia que pide para aparecer en esta obra, el autor los establece como el periodo mínimo para que algo pueda ser considerado en la Iglesia como «tradicional» y por tanto «fiable» (*affidabile*). Como apoyo para su decisión trae al Catecismo de la Iglesia Católica que no cita ningún autor de los últimos siglos que no sea santo, beato o sujeto de Magisterio; el úni-

co que saldría de ese principio era Newman, que posteriormente ha sido beatificado.

Precisamente la comparación con el Catecismo de la Iglesia Católica se vuelve, sin embargo, en contra de su postura. Un catecismo no es una obra de teología, sino un compendio de la fe explicado y razonado, con validez para todos los cristianos. Por esa razón, no entra en el campo de lo discutible, allí donde tiene lugar un pluralismo teológico legítimo. Pero un manual de teología no es un catecismo, sino una presentación del conjunto de la fe con categorías teológicas que responden a opciones de método y a conclusiones alcanzadas en el diálogo teológico. Dicho en otras palabras, una obra de teología debe incorporar necesariamente una dimensión crítica de las propias afirmaciones teológicas. Por esta razón, necesita referirse a los textos de la Escritura teniendo en cuenta que se trata de textos revelados, pero *también* y necesariamente de palabras humanas. De igual manera, no puede presentar los textos magisteriales prescindiendo de los contextos en los que se originaron, y estos contextos se relacionan habitualmente con posiciones teológicas que contribuyen a la clarificación que la Iglesia realiza en su magisterio. Desconocer la razón histórica de las enseñanzas de la Iglesia impide en realidad conocer el alcance verdadero de las respectivas enseñanzas y, lo que es más peligroso, es una situación que permite manipular los textos según la conveniencia de quienes los manejan.

Por todo lo anterior, esta obra está en cierto modo incompleta. Muchas de las afirmaciones que hace son válidas, pero necesita imperiosamente una contextualización para evitar que el principio sintético que preside el trabajo se convierta en un principio de exclusión de todo lo que no entre en condiciones demasiado estrechas o rígidas.

Esteban CIZUR